

**El sistema que
todo el mundo
odia es el que
realmente ha
funcionado**



El sistema que todo el mundo odia es el que realmente ha funcionado

A menudo se culpa al liberalismo de la desigualdad, la pérdida de puestos de trabajo y la decadencia social, pero su historial cuenta una historia diferente. Tras las crisis de la década de 1970, las reformas orientadas al mercado reactivaron el crecimiento, estabilizaron las economías y sacaron de la pobreza a cientos de millones de personas en todo el mundo. Desde Reagan y Thatcher hasta la India y China, los mercados más libres demostraron ser mucho más eficaces que el control estatal. Los críticos confunden el descontento cultural con el fracaso económico, pero las pruebas demuestran que el liberalismo logró frenar la inflación, impulsar el desarrollo y crear una prosperidad mundial sin parangón en ninguna época anterior.

Artículo de Richard Hanania publicado originalmente en Human Progress, el 24 de octubre de 2025 (enlace disponible [aquí](#)).
También disponible en la web ElCato.org del CATO Institute (enlace disponible [aquí](#)).

A pesar de la polarización de nuestra época, existe un amplio consenso en cuanto al enfoque económico seguido por las élites mundiales entre, aproximadamente, 1980 y 2008. Si hoy se utiliza el término "liberalismo", suele ser como epíteto de esa época. Críticos progresistas como Joseph Stiglitz definen el liberalismo como una ideología destructiva que amplió la desigualdad, debilitó la democracia y mercantilizó la vida social. Para los populistas y los conservadores nacionales, la globalización liberal vació las industrias nacionales, socavó las comunidades y empoderó a las élites a expensas de los ciudadanos de a pie.

Estos críticos se equivocan. El liberalismo surgió para hacer frente a problemas reales, tenía sólidos fundamentos intelectuales y, en gran medida, logró sus objetivos. La ira contra el liberalismo no refleja sus fracasos, sino que representa un chivo expiatorio para quejas que en gran medida no guardan relación con cuestiones económicas. Los críticos del liberalismo se equivocan en materia económica, y hay pocos motivos para creer que la mayoría de las políticas que prefieren ofrezcan una alternativa mejor.

El liberalismo fue una respuesta al estancamiento y al malestar en todo el mundo. Fuera del bloque comunista, la mitad del siglo XX estuvo dominada por el keynesianismo en Occidente y el desarrollo impulsado por el Estado en el Sur Global. Los gobiernos regulaban las industrias, controlaban los flujos de capital y ampliaban los estados de bienestar. En la década de 1970, aparecieron grietas en este sistema: la estanflación (bajo crecimiento y alto desempleo) en Estados Unidos y Europa y las recurrentes crisis fiscales desacreditaron los modelos centrados en el Estado. En el mundo en desarrollo, el aumento de la deuda y los problemas de balanza de pagos obligaron a los gobiernos a buscar la ayuda de instituciones internacionales, lo que sentó las bases para un cambio de política.

Este ambiente de crisis creó una oportunidad para los pensadores orientados al mercado que habían sido marginados en décadas anteriores, quizás el más notable de ellos el economista de la Universidad de Chicago Milton Friedman, que ganaría el Premio Nobel de Economía en 1976 y se convertiría en una figura pública muy influyente como defensor de la desregulación.

El movimiento del derecho y la economía, centrado en figuras como Ronald Coase, Richard Posner y Gary Becker, también surgió en la Universidad de Chicago, y comenzaron a aplicar el análisis de costo-beneficio a las regulaciones gubernamentales que anteriormente no se habían cuestionado. Pidieron que se tuvieran en cuenta las cuestiones de eficiencia a la hora de interpretar la doctrina jurídica.

El liberalismo se caracterizó por tomarse en serio el compromiso del liberalismo clásico con los mercados libres y el gobierno limitado. En el contexto del mundo creado en la década de 1970, este enfoque significaba ralentizar el crecimiento de la oferta monetaria, desregular la industria, adoptar un enfoque escéptico hacia los sindicatos y la política industrial, abrir los mercados al libre flujo de capital y comercio y, en algunos casos, intentar reducir o, al menos, impedir la expansión del estado de bienestar.

Esta convergencia entre partidos hacia tales ideas, que comenzó a finales de la década de 1970 y continuó hasta principios de la década de 2000, se ha denominado liberalismo hegemónico. La primera ola se identificó con la derecha, asociada a los mandatos de Ronald Reagan (1981-1989) y Margaret Thatcher (1979-1990). La segunda llegó en la década de 1990 en forma de líderes de la "tercera vía", entre los que destacan Bill Clinton (1993-2001) y Tony Blair (1997-2007). Lejos de rechazar a sus predecesores conservadores, consolidaron el nuevo orden: Clinton defendió el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la reforma de bienestar social y la desregulación financiera, mientras que el Nuevo Laborismo de Blair aceptó las reformas económicas thatcheristas.

Los efectos de la ideología liberal se dejaron sentir mucho más allá del mundo angloamericano. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial comenzaron a condicionar la ayuda financiera a los países en desarrollo, muchos de ellos sumidos en el caos debido al fracaso de las políticas económicas posteriores a la independencia, a la adopción de reformas liberales. En África, América Latina y Asia, los gobiernos privatizaron la industria, recortaron el gasto público y comenzaron a abrirse al comercio internacional. Los efectos del liberalismo se pueden ver claramente en la India y China, las dos naciones más grandes del mundo.

A partir de finales de 1978, China introdujo mecanismos de mercado durante el reinado de Deng Xiaoping. En 1991, ante una crisis de balanza de pagos, la India aplicó reformas radicales bajo la orientación del Fondo Monetario Internacional. Esto supuso la reducción de los aranceles y el desmantelamiento del "License Raj", que imponía estrictos requisitos para importar mercancías o explotar un negocio. El antiguo sistema limitaba las importaciones, fijaba aranceles de hasta el 300% y "convertía a la India en una economía prácticamente cerrada".

El liberalismo hizo dos grandes promesas. Pondría a las naciones occidentales en una mejor senda económica y también impulsaría el desarrollo en el tercer mundo. En ambos casos, funcionó. El Reino Unido, en particular, experimentó un aumento del crecimiento en los años 80 y 90.

El crecimiento fue prácticamente el mismo en Estados Unidos en los años 80 y 90 que en los 70, pero con una inflación más baja, más estabilidad y menos desempleo. Al negarse a seguir el enfoque de Thatcher de enfrentarse a los sindicatos y limitar la expansión del estado de bienestar, las otras grandes economías de Europa occidental —Francia, Alemania, Italia y España— experimentaron un crecimiento más lento que el de Estados Unidos o el Reino Unido en las décadas siguientes. Aunque las tasas de crecimiento en el mundo occidental nunca volvieron a las de la edad de oro de los años cincuenta y sesenta, la crisis de los años setenta se superó.

En otras palabras, Estados Unidos ha sido más liberal que el Reino Unido, que a su vez ha sido más liberal que la mayor parte del resto de Europa occidental. Y desde la revolución liberal, Estados Unidos ha crecido más rápidamente, seguido del Reino Unido y luego de Europa occidental.

Además, muchos economistas creen que el principal obstáculo para un éxito económico aún mayor en el Reino Unido y Estados Unidos es su incapacidad para construir suficientes viviendas, debido a las regulaciones estatales que lo impiden. Esto indica que Estados Unidos y el Reino Unido sufren de un exceso de capitalismo de libre mercado, en lugar de una falta del mismo.

Juntos, China y la India representaban alrededor del 40% de la población mundial en 1980, y una proporción aún mayor de la población del tercer mundo, por lo que sus trayectorias no son solo historias nacionales, sino que también nos dicen mucho sobre lo que ha sucedido con la economía mundial. Tras las reformas orientadas al mercado, ambos países experimentaron mejoras espectaculares en el crecimiento y la reducción de la pobreza. La apertura de China, que comenzó en 1978, desencadenó décadas de expansión de dos dígitos, sacando a más de 700 millones de personas de la pobreza extrema y transformando al país en la segunda economía más grande del mundo. Tras la liberalización de la India en 1991, las tasas de crecimiento anual aumentaron, lo que impulsó el auge de una amplia clase media y una reducción masiva de la pobreza. Según un informe del Banco Mundial de 2022, solo China ha representado casi el 75% de la reducción mundial de la pobreza extrema en las últimas cuatro décadas.

A menudo se dice que China no adoptó todos los aspectos del liberalismo, sino que siguió un modelo híbrido. Sin embargo, aunque China ha crecido de forma impresionante, sigue siendo mucho más pobre que otras naciones del este asiático. Su crecimiento se está ralentizando, mientras que su población sigue teniendo unos ingresos medios, en contraste con Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán, que mantuvieron un crecimiento mucho mayor hasta que se hicieron más ricos.

China pudo mejorar su nivel de vida gracias a la adopción de reformas favorables al mercado, y hay motivos para creer que su crecimiento habría sido aún más espectacular si hubiera adoptado más plenamente el liberalismo, lo que no ha hecho, en parte porque los mercados libres son una amenaza potencial para el control centralizado del Partido Comunista. Contrastando la nación con Hong Kong, Macao, Singapur y Taiwán, el economista Garrett Jones señala: "China es, con diferencia, el país de mayoría china más pobre del mundo".

También señala el éxito chino en el sudeste asiático y el Nuevo Mundo, lo que indica que hay profundos factores culturales y rasgos individuales detrás de la notable consistencia que vemos.

En ese contexto, el modelo híbrido de China no parece tan impresionante. Para China fue beneficioso alejarse del comunismo, pero es probable que su crecimiento se haya producido a pesar de prácticas como las grandes empresas estatales y la asignación de recursos dirigida por el Gobierno, y no gracias a ellas.

Tras la caída del comunismo, Europa del Este se convirtió en otro gran laboratorio para la reforma liberal. A principios de la década de 1990, países como la República Checa, Estonia y Polonia adoptaron la "terapia de choque", que se caracterizó por una rápida liberalización de los precios, el comercio y los flujos de capital, junto con la privatización de las empresas estatales. Los resultados fueron relativamente dolorosos a muy corto plazo: la producción se desplomó, el desempleo se disparó y la desigualdad aumentó. Pero a medio y largo plazo, muchas de estas economías se estabilizaron, se integraron en la Unión Europea y experimentaron un crecimiento sostenido.

Polonia, en particular, se convirtió en un ejemplo de éxito poscomunista, al evitar la recesión durante la crisis financiera de 2008 y registrar aumentos constantes de los ingresos. El camino de Rusia fue más duro, con una volatilidad extrema que marcó la década de 1990. Se iniciaron muchas reformas, que luego se abandonaron. Rusia tardó aproximadamente una década y media en alcanzar el nivel de vida que tenía antes del colapso de la Unión Soviética. Aun así, en toda la región, las recetas liberales definieron la transición inicial desde la planificación centralizada, lo que convirtió a Europa del Este en un capítulo fundamental en la difusión global de las políticas orientadas al mercado.

La terrible situación de Rusia en la década de 1990 se ha citado a menudo como un golpe contra las ideas del liberalismo. De hecho, se puede argumentar que, en cierto modo, los problemas de Rusia se debieron a que no estaba dispuesta a reformarse lo suficiente ni con la rapidez necesaria. Tras perder gran parte de su base económica debido al colapso de las empresas estatales deficitarias, Rusia arrastró la carga de los subsidios, las pensiones estatales y los salarios estatales a la era poscomunista. En lugar de recortar el gasto, imprimió dinero, lo que provocó una inflación galopante, tal y como predijo la doctrina económica estándar. La inflación alcanzaría el 2.500% en 1992.

Además, en lo que respecta a la privatización, muchos Estados de Europa del Este vendieron activos estatales a inversores extranjeros en lugar de a personas con información privilegiada, como fue el caso de Rusia. Eso permitió a los productores nacionales acceder a mejores tecnologías, prácticas contables, etc.

Si las pruebas sugieren de manera abrumadora que el liberalismo ha tenido éxito, ¿por qué los intelectuales se han vuelto en su contra? Es importante comprender que cualquier idea que desarrolle un estatus hegemónico es susceptible de ser cuestionada por las élites aspirantes. El liberalismo dominó el discurso intelectual y la expresión comenzó a utilizarse como sustituto de todos los problemas que la gente veía en el mundo. La modernidad es alienante en muchos sentidos, y todos los problemas culturales, psicológicos o de salud pública que surgían se atribuían a las ideas dominantes de una época anterior.

De hecho, es posible que el liberalismo haya tenido demasiado éxito. En un influyente artículo de 2016, los politólogos Ronald Inglehart y Pippa Norris demostraron que, a medida que los países se han enriquecido, la política se ha centrado menos en cuestiones económicas y más en cuestiones culturales, como los derechos de los homosexuales y la inmigración. Si bien la clase social solía ser un fuerte indicador de cómo votaba la gente, eso ya no era así en la década de 2000.

En efecto, cuando las economías occidentales se enfrentaron a crisis en la década de 1970, la gente se preocupaba ante todo por la economía, y el liberalismo resolvió en gran medida los problemas más acuciantes de esa década. En lugar de declarar la victoria, los públicos occidentales comenzaron a discutir sobre cuestiones culturales. Para ser justos, la principal cuestión cultural por la que discuten es la inmigración a gran escala, que a menudo se ha justificado por motivos liberales. Esa es la única cuestión en la que los valores políticos mayoritarios chocan directamente con la doctrina liberal, y la idea de que el liberalismo no es causa de descontento generalizado debe matizarse admitiendo que la inmigración es una excepción a esa regla.

Cuando los temores materiales pasan a primer plano, la gente vuelve a preocuparse principalmente por la economía, como ocurrió en particular durante la Gran Recesión. Pero, curiosamente, ha habido menos recesiones durante la era del liberalismo, lo que ha permitido a la gente discutir sobre cuestiones culturales. Desde el siglo XIX hasta la Gran Depresión y hasta principios de la década de 1980, las recesiones eran habituales en Estados Unidos y Europa. A menudo se producían cada pocos años, mientras los responsables políticos luchaban contra los ciclos inflacionistas, las herramientas más limitadas para estabilizar la demanda debido al patrón oro y, finalmente, las crisis del petróleo.

En Estados Unidos, en los años inmediatamente anteriores al consenso liberal, las recesiones se habían convertido en algo habitual, con crisis económicas en 1969-1970, 1973-1975, 1980 y 1981-1982. Esto creó la sensación de que la inestabilidad económica era un hecho inevitable. Sin embargo, desde mediados de la década de 1980, la frecuencia y la gravedad de las recesiones han disminuido drásticamente porque los bancos centrales adoptaron políticas antiinflacionistas creíbles, los sindicatos perdieron el poder de obstaculizar los ajustes estructurales necesarios en la economía, el libre comercio permitió que el capital y los recursos se destinaran rápidamente a usos más eficientes cuando era necesario, y los gobiernos aprendieron a utilizar la estabilización fiscal y monetaria de manera más eficaz.

Tanto Estados Unidos como gran parte de Europa occidental han experimentado lo que los economistas denominan la "Gran Moderación", un periodo de crecimiento más estable y de recesiones menos frecuentes y más breves. Si bien la Gran Recesión de 2008 fue una excepción importante, destacó precisamente porque interrumpió lo que se había convertido en una era de relativa estabilidad económica en comparación con la turbulencia de décadas anteriores. La única otra crisis económica grave desde mediados de la década de 1980 fue la recesión provocada por la COVID-19, pero se debió a los cierres gubernamentales y al distanciamiento social voluntario resultantes de la pandemia. Dicho esto, la recesión provocada por la COVID-19 fue seguida de una recuperación excepcionalmente rápida.

También se ha producido un mayor giro social hacia el pesimismo, relacionado con la guerra cultural, pero en cierto sentido independiente de ella. El uso cada vez mayor de los teléfonos inteligentes y las redes sociales se ha relacionado con un aumento de la ansiedad y la depresión entre los jóvenes. La confianza en las instituciones —desde el Congreso hasta los medios de comunicación y las religiones organizadas— se ha desplomado en las últimas décadas. Mientras tanto, no se ha producido una disminución similar del optimismo económico. El Índice de Confianza del Consumidor de la Universidad de Michigan encuesta cada mes a 500 estadounidenses para medir sus actitudes hacia sus finanzas personales y sus expectativas. La confianza de los consumidores se desplomó a finales de la década de 1970 durante la estanflación, pero luego se disparó y se mantuvo alta hasta la Gran Recesión. Volvió a repuntar con la recuperación de la economía, antes de caer hasta niveles similares a los de finales de la década de 1970 durante la COVID-19, donde se ha estancado desde entonces.

Cabe señalar que 2020 no solo fue el año en que comenzó la pandemia, sino también el año en que Joe Biden fue elegido presidente; Biden dirigió una administración que se alejó del consenso liberal y gastó grandes cantidades de dinero al tiempo que adoptó medidas para revitalizar ostensiblemente la industria manufacturera. Como predijeron el economista de Harvard Larry Summers y otros economistas mainstream, eso condujo a una alta inflación y, en última instancia, contribuyó a la reelección del presidente Donald Trump. En otras palabras, los estadounidenses se mostraron más optimistas sobre sus finanzas durante el periodo de hegemonía del liberalismo, y más pesimistas antes de que se formara el consenso y después de que este se rompiera.

Tomando otro indicador, la Encuesta Nacional Electoral Estadounidense, que se realiza cada dos años desde 1956, ha estado preguntando a los estadounidenses si creen que sus finanzas mejorarán, empeorarán o se mantendrán igual durante el próximo año. Los dos años con mayor pesimismo fueron 1974 y 1978, en los que más estadounidenses dijeron que esperaban que sus finanzas empeoraran en lugar de mejorar. Sin embargo, desde 1980 hasta la actualidad, los estadounidenses han sido más propensos a responder que esperan estar mejor en lugar de peor.

El creciente pesimismo que observamos con respecto a la gobernanza y las instituciones estadounidenses no se aplica a las finanzas individuales de las personas. Los datos sobre la confianza y el crecimiento económico cuentan la misma historia.

Los mercados libres no tienen la respuesta a todos los problemas de la vida, como han señalado acertadamente los posliberales tanto de derecha como de izquierda. El liberalismo fue un consenso que surgió de una larga historia de experimentación para abordar problemas como la alta inflación, el alto desempleo y el estancamiento del crecimiento económico. En gran medida, logró sus objetivos, y los precios descontrolados de la vivienda en la era del NIMBYismo indican que los responsables políticos, en todo caso, no se han apoyado lo suficiente en la magia de los mercados. Volver a los sindicatos fuertes, los aranceles y el Estado tratando de decidir qué industrias triunfan o fracasan simplemente empobrecería a la población mundial sin resolver ninguno de los problemas subyacentes que inspiran su descontento.

Si alguien quiere argumentar que el liberalismo en sí mismo es la causa de los problemas sociales y políticos no económicos, la carga de la prueba recae sobre él. No basta con señalar, por ejemplo, que la tasa de natalidad o la confianza en el gobierno han disminuido en las últimas décadas y acusar al liberalismo, que no influye directamente en esos indicadores. Es necesario establecer una relación de causalidad para justificar el retorno a políticas económicas fallidas. Como mínimo, los posliberales de derecha e izquierda deberían poder señalar países que rechazaron el liberalismo y tuvieron éxito en las medidas específicas que les interesan. Pero no pueden hacerlo.

El liberalismo es una teoría económica que ha tenido resultados económicos positivos, no es una religión que proporcione sentido o orientación ética y espiritual. Quienes más se preocupan por el alma de los hombres deberían centrarse en cambiar la cultura en la dirección que prefieran, en lugar de dismantelar un sistema que ha funcionado bien en la mayor parte del mundo.

Sobre el autor

Richard Hanania, nacido el 28 de agosto de 1985, es un politólogo estadounidense. Fundador y presidente del *Center for the Study of Partisanship and Ideology* (CSPI), ha escrito para medios como *The Washington Post*, *The New York Times*, *The Atlantic* y *The Economist*. Es autor de *The Origins of Woke* y publica su boletín en Substack.



Ilustración de The Economist



**INSTITUTO
JUAN DE
MARIANA**